



LA MAR, LA TIERRA

Por V. PAZ-ANDRADE

ENTRE la economía de hace un siglo y la de ahora, existe un divorcio más profundo que el revelable a través de las diferencias conceptuales. La doctrina clásica parece haber enriquecido en exceso el rigorismo de sus leyes y la complejidad de sus fórmulas.

A fuerza a apurar la abstracción y el alarde matemático, ha conducido a elaboraciones puras, pero secamente irreales no pocas veces. Operando bajo la gravitación de premisas teóricas, la realidad viva escapó a sus construcciones. Era inevitable que, al producirse en una ciencia, eminentemente vital, semejante desviación, desembocara en la esterilidad.

No otra cosa explica la reacción actual, contra la escolástica smithiana y ricardiana. Maurice Dobb recoge la opinión "muy extendida en los círculos académicos, según la cual los economistas clásicos son los burdos, aunque brillantes primitivos de su arte, y de quienes tiene poco que aprender nuestra compleja edad contemporánea".

Keynes abre las páginas de su obra fundamental, anunciando: "Dirijo este libro a mis colegas economistas, aunque espero sea comprensible para quienes no lo son." Es posible que no lo haya logrado plenamente, a pesar de la fortuna que acompañó a su excepcional esfuerzo, pero aquí sólo interesa ahora su posición frente al legado científico de los maestros. "Si la economía ortodoxa está en desgracia—añade—, la razón debe buscarse no en la superestructura, que ha sido elaborada con gran cuidado, por lo que respecta a su consideración lógica, sino en la falta de claridad y generalidad de sus premisas."

A pesar de que en pensamiento de los prohombres de la economía, se inspira en la función social de la ri-

queza, y en la valoración de los actos de la conducta ordinaria del hombre, éste apenas si entiende su lenguaje. Un intrincado velo doctrinal se interpone friamente entre unos y otros dificultando la comunicación.

REVOLUCION INDUSTRIAL Y ACCION ESTATAL

SI gran parte de los dogmas consagrados, resultan ahora inoperantes o abstrusos, justo será decir que no se debe solamente al exceso de alambicamiento doctrinal, en que sin duda incidieron los abandonados del *laissez faire*. Sus doctrinas proliferaron, cuando el mundo culto vivía sugestionado por las ideas de la Ilustración, en un campo poco abierto a las penetraciones de la crítica. "Sin crítica—apunta Dobb—el pensamiento se estanca, las ideas se marchitan hasta el escolaticismo, y es innegable que en la herencia del pensamiento económico hay mucho que debe ser arrancado de cuajo."

La Revolución Industrial, cuyas consecuencias sociales se estaban incubando entonces, provocó las primeras amputaciones. No sólo trastornó los hábitos tradicionales del hombre, que se suponían determinados por un juego previsible de móviles y deseos, sino que dislocó la anterior estructura económica, abriendo horizontes inéditos tanto a las necesidades como a las apetencias humanas, tanto a la producción como a la distribución de bienes, y, algunas veces, a la prepotencia de unos y a la servidumbre de otros.

Antes, el Estado se mantenía más o menos insensible al drama social. No era fácil adivinar la intensidad a que llegó su intervención posterior, ni los efectos tantas veces contraproducentes, que había de introducir en la economía privada. Una realidad nueva, más caudalosa y exigente, además de acusar su presencia, mostró su inadaptabilidad a los esquemas vencidos. Creció la complejidad de los problemas y la necesidad de abordar otros, provocados por las circunstancias.

Conceptos fundamentales como la teoría del valor o la ley de bronce de los salarios, era indispensable superarlos, a compás de las exigencias sobrevenidas. Y conceder en el estudio una atención de que artes no había tanta necesidad, a los problemas del ingreso nacional, la plena ocupación, la competencia monopólica, la socialización de industrias, el cambio monetario, los pagos internacionales y tantas otras formas económico-sociales, o puramente comerciales, que se han instituido o pugnan por aclimatarse en el congestionado mundo que vivimos.

Si la economía quiere pertenecer a este mundo, no puede permanecer adherida al otro. Por el contrario, ha de reemprender sus experimentos sobre la materia económica viva, que se acumula en la sociedad presente. Que se acumula un poco informe aún, y que necesita ganar estructura sólida y expresiva definitiva, buscando asiento en la razón biológica y cuajando en orgánica unidad.



Y LA DOCTRINA ECONOMICA

ECONOMIA DE LA TIERRA

LA crisis, en economía, es horizontal tanto como vertical. La cantera de donde los clásicos han extraído mayor caudal de leyes y postulados, no es otra que la tierra. Factor preponderante de la producción, que ha ocupado y absorbido, con curioso exclusivismo, el pensamiento de economistas y reformadores, desde Adam Smith a Henry George, desde Ricardo a Marx, desde Malthus a Prudhome.

No es preciso hacer historia de como, a partir del suelo, de su propiedad y de su rendimiento, cada uno de estos imponentes y barbados puntales del pensamiento económico, fueron edificando, casi siempre con cara hosca, sus compactas teorías sobre el valor, la renta de la tierra, la superpoblación, la utilidad decreciente, la plus valía, etc. De este modo, la doctrina aparece dominada por un sentido territorial tan absoluto, que no hubo espacio en ella para alojar otras fuentes originarias de bienes, mensurables y transferibles, a cuya capacidad de rendir satisfacción, la humanidad ha vivido ligada desde sus brumosos orígenes.

Cierto que en la tierra, como agente de la producción, se entiende comprendido el mar. Pero no lo es menos que la asimilación pugna con la discordia naturaleza de ambos sectores. Sólo un exceso de generalización, ciego a la divergente morfología de dos elementos cósmicos, pudo someterlos sin adaptación ni atenuación alguna, al rigor de las mismas leyes.

Ya sería inconveniente bastante serio, para una ciencia del hombre, haberse encerrado en una visión unilateral, que la fué alejando paulatinamente de la realidad viva. Pero es peor, que haya desdeñado la parte más vivaz de esa realidad, incluso en la específica misión de producir riqueza.

Durante siglos, desde el orto de los estudios económicos, hasta la organización de la economía como ciencia autónoma, sus mentes más pujantes y completas, han venido aceptando la mutilación práctica del material que ocupaba sus vigiliadas. De este modo, han dejado al margen de su consideración, precisamente aquel manantial prodigioso de bienes que, por no ser susceptible de apropiación privada, podía tal vez constituir la base más propicia a la fructificación de los ideales de bienestar general y emancipación social, que con tanto ardor profesaron.

LA MAR, FUENTE OLVIDADA DE BIENES

SIGLOS y siglos de desvío han dejado intacta la grandeza económica del mar. Tal vez siempre se ha reconocido como riqueza libre, sin separar la condición del elemento inapropiable, de los bienes apropiables y sujetos a limitación que contiene en su seno. La distinción es fundamental, porque tanto en el terreno económico como en el jurídico, con independencia del modo de adquirirlas, las cosas útiles y susceptibles de entrar en el dominio privado o público, han de considerarse bienes.

Esta realidad, si fué vista, no fué debidamente valorada. Sobre los frutos de la mar, multiplicados espontáneamente con asombrosa fecundidad y entregados con total liberalidad, siguió gravitando el adagio medieval, *res mobilis, res vilis*.

No importa que Montaigne, ya en el siglo XVI, insertara en sus Ensayos una exaltación de los días de ayuno, que él convertía en días de fiesta, por el placer de gustar el pescado. Ni que Franklin, en XVIII, dejara escrita frase tan significativa como la de que "quien pesca un pez extrae del agua una moneda". Ni que Darwin, en el XIX, señalara como "las selvas de la tierra no alojan tantas especies de animales como los océanos".

De nada le han servido tan prestigiosos padrinos. La pesca siguió desterrada de los textos. Tanto de las obras de economía pura, como de las de economía aplicada. Y, paralelamente, de las tablas del derecho, complemento institucional y normativo de aquélla.

LA PESCA, LOS CODIGOS Y LOS AUTORES

COMO brote del auge de una escuela, los países más adelantados se lanzaron a promulgar Códigos de Comercio. Pero el liberalismo jurídico se encogió también ante la más liberal de las fuentes de riqueza. Sus cuerpos legales reservaron un libro para el comercio marítimo, dedicando a la navegación y el transporte todo el articulado. Respecto a la pesca, industria marítima por excelencia, se omite la más elemental ordenación. En Francia, según el autorizado testimonio de Ripert, se ha llegado a discutir la aplicabilidad del Código a los buques de pesca, por no dedicarse a un fin estrictamente comercial.

Entre los grandes economistas, el maestro de los neoclásicos, Marshall, cuya obra es relativamente reciente,



dedica repetidas alusiones a las pesquerías. No cala sin embargo, en el análisis de sus modalidades típicas como factor de la producción. Las incluye, con los demás recursos naturales, en el común denominador de tierra.

Otro tanto cabría decir de los demás forjadores contemporáneos de la ciencia económica moderna. Cuando más algunos, en vez de montar un ejemplo, con su gráfico, a base de mercancías tan socorridas como los "bushels" de trigo o las libras de thé, utiliza kilogramos de sardinas.

La mar que excitó la sensibilidad de los poetas, la imaginación de los novelistas, la retina de los pintores, la preocupación de los naturalistas y biólogos—*a cuya paternidad se debe la moderna oceanografía—*, apenas inquietó a los economistas. El fenómeno, *además de traducirse en una amputación descompensadora del material vivo, destinado a nutrir los estudios económicos, dejó una rama caudalosa de la producción de bienes, a merced del empirismo y la rutina. Y cuando ahora la pesca marítima y las industrias que subsidia, han adquirido un desarrollo tan impresionante como previsible, aparecen vacíos los espacios que debiera llenar en los anaqueles de la literatura económica.*

PRIMACIA VITAL DE LOS PRODUCTOS

CUANDO Gabriel de Mortillet afirmó que "la pesca debe ser colocada entre los elementos más activos de la civilización", anticipó un principio que más tarde había de cristalizar, en la doctrina económica. Boulding lo formula como "jerarquía de las necesidades" y Andrés Alvarez como "jerarquía vital de los productos".

"Algunas ocupaciones, principalmente la agricultura—*escribe el primero—*, producen los que pueden denominarse bienes de subsistencia; es decir, bienes cuya principal función radica en la conservación de la salud, de la capacidad y de las energías de los miembros activamente productivos de la sociedad."

En esta primera línea, al lado de la agricultura y la ganadería, y antes que las industrias de la vivienda, el vestido, el transporte, etc., tiene su puesto la producción marina de alimentos.

El otro de los autores antecitados, reivindica análoga preferencia:

"Las necesidades alimenticias son, ciertamente, las más importantes y urgentes entre todas aquellas cuya satisfacción constituye el objeto de la economía. Estas necesidades provienen del ser natural que hay en el hombre y no del ser social que también hay en él. Por eso, aunque la Ciencia Económica sea... una ciencia social, y por lo mismo íntimamente ligada a la historia, el sector que estudia aquellas necesidades la liga, no menos íntimamente, a la naturaleza."

A esta jerarquía primaria de bienes, se contraponen la de aquellos productos que aumentan la comodidad o embellece vida; los artículos útiles pero no imprescindibles, los que proporcionan recreo, los suntuarios...

La distinción es de suma importancia, especialmente para los países de escasa prosperidad general, pues como dice aquel economista británico, "un perfeccionamiento en las técnicas de la producción, de bienes de subsistencia, ejercerá probablemente un efecto mayor sobre el nivel de riqueza que una mejora análoga en las técnicas de producción de bienes de lujo".

EL CANADA SE INQUIETA

POR LA ACTIVIDAD DE PESQUEROS ESPAÑOLES EN AGUAS DE TERRANOVA

El Departamento de Pesca Marítima ha iniciado una investigación acerca de los informes recibidos, según los cuales cuarenta pesqueros españoles y franceses operan en aguas territoriales de Terranova. El anuncio de haberse iniciado esta investigación se hizo en los Comunes por el miembro del Parlamento, adjunto del ministro de Pesca Marítima, Watson Mac Naught, por indicación del propio ministro.

«El Departamento de Pesca Marítima—dice—ha oído rumores de que pesqueros extranjeros operan en aguas territoriales de Terranova. Hemos enviado un barco del Departamento, el «Eastern Explorer», para que investigue si tales rumores son correctos, y hoy o mañana zarpará otro barco patrullero para ayudar al primero en su investigación.»

Mac Naught dijo que los rumores hablaban de una flota de cuarenta pesqueros españoles y franceses, y que, de ser cierto, tales actividades podrían arruinar las pesquerías de Terranova.

TALLERES MECANICOS

GESTOSO

REPARACION

Y MONTAJE

DE BUQUES

PESQUEROS

VIGO - BOUZAS